

XXXII Domingo Tiempo Ordinario

Macabeos 7, 1-2. 9-14 Tesalonicenses 2, 16-3, 5 Lucas 20, 27-38

«*No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos*»

7 Noviembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“QUE EL SEÑOR DIRIJA VUESTRO CORAZÓN, PARA QUE AMÉIS A DIOS Y TENGÁIS LA CONSTANCIA DE CRISTO”

Sólo LA RESURRECCIÓN DE JESÚS LE DA SENTIDO A NUESTRA FE. Sólo creyendo en la vida eterna cobran valor nuestros pasos en la tierra. Este fin de semana ha visitado BENEDICTO XVI SANTIAGO Y BARCELONA. Anuncia con claridad el sentido de su viaje: “*Viajo como testigo de Cristo Resucitado, con el deseo de llevar a todos su Palabra, en la que pueden encontrar luz para vivir con dignidad y esperanza para construir un mundo mejor*”. Su visita es siempre un motivo de alegría para todos los que vemos en él un reflejo de la paternidad de Dios y un camino que nos ayuda a ser más fieles. En Barcelona ha venido a consagrar el templo de la Sagrada Familia, templo soñado por Antonio Gaudí y aún no concluido. Este hombre genial, cuyo proceso de beatificación está abierto, nos ha dejado una obra de arte dedicada a la Sagrada Familia, como reflejo de la Trinidad aquí en la tierra. Decía este gran santo: “*El arquitecto es el hombre sintético, el que es capaz de ver las cosas en conjunto antes de que estén hechas*”. Y yo pensaba en esa capacidad del cristiano para ver la realidad soñada aún antes de que tenga vida. Él soñó un templo que nos ayudara a ver en la naturaleza y en la vida un camino hacia lo más alto. Un templo todavía no concluido que verá finalizado un día desde el cielo. Este templo refleja lo que para él fue una constante en su vida: “*Es necesario alternar la reflexión y la acción, que se completan y corrigen la una con la otra. También para avanzar se necesitan las dos piernas: la acción y la reflexión*”. Contemplar la Sagrada Familia, su belleza y grandiosidad, nos lleva a vivir de la misma forma como fue concebida esa obra. Mirar la Sagrada Familia como ideal, nos anima a luchar por formar familias santas, radicales y enamoradas. Para ello primero viene la reflexión y después la acción. Primero la contemplación del ideal de santidad, después la lucha por ponernos en camino. Lo primero que se nos invita a hacer es contemplar y reflexionar. Vamos corriendo de un lado a otro y no nos dejamos tiempo para pensar en cómo queremos vivir. De esa forma acabamos pensando tal como vivimos. Reflexión y acción son las dos patas de nuestra vida. **Son las dos herramientas para aprender a vivir como Dios nos pide, siguiendo sus huellas y sin miedos.**

El Evangelio de hoy nos habla de la muerte y la resurrección: “*En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.*» Los saduceos no creían en la resurrección. Como dice **Orígenes:** “*La herejía de los saduceos no sólo niega la resurrección de los muertos, sino que dice que además el alma muere con el cuerpo*”. Por ese motivo quieren entrar en confrontación con Jesús. No buscan el diálogo, sino la lucha. Pensaba en tantos que en estos días se manifestaron en Barcelona para decir que ellos no esperaban al Papa. Decía hace poco **Benedicto XVI al anunciar la JMJ 2011:** “*Es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. Dios es la fuente de la vida; eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e,*

inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría". Y decía el Papa ayer en **Santiago de Compostela**: "Los hombres no podemos vivir a oscuras, sin ver la luz del sol. Y, entonces, ¿cómo es posible que se le niegue a Dios, sol de las inteligencias, fuerza de las voluntades e imán de nuestros corazones, el derecho de proponer esa luz que disipa toda tiniebla?" Hoy la herejía que reina a nuestro alrededor es la que ataca frontalmente la esencia del hombre. Se cree en un hombre capaz de vivir de espaldas a Dios. **Cuando se ataca al ser humano y su vocación de plenitud, se ataca lo más sagrado que Dios ha creado.**

ESTAMOS LLAMADOS A VIVIR UNA VIDA PLENA EN DIOS. Estamos llamados a recorrer un camino de santidad hasta la vida eterna. Justo el otro día una niña de 9 años, llamada **Leticia, le comentaba a su profesora**: "*Es muy cansado intentar ser como Jesús todo el día*". Y yo pensaba, claro, todo el día es muy duro. Actuar igual que Jesús, pensar, amar y vivir como Él, soñando sus sueños y creyendo sus verdades. No es fácil. Igual que ser santo no es fácil, igual de difícil, porque es lo mismo. La santidad es sinónimo de felicidad, de esa felicidad que anhelamos en el fondo del corazón, de esa felicidad a la que todos somos llamados. Los santos reflejan el rostro de Cristo, su vida y su amor. Sin embargo, con frecuencia vemos la santidad como algo lejano o reservado a ese grupo selecto de seres excepcionales. Pensamos en hombres y mujeres capaces de amar hasta el extremo, de dar la vida sin reservas, de amar sin poner límites, con la fuerza de Dios, que transforma sus vidas. Una santidad casi perfecta, en la que el error no es posible. Ni el error, ni el pecado, ni las manchas. ¿Es ésa la santidad que soñamos? Si fuera así podríamos desde ahora mismo tirar la toalla y unirnos a Leticia para decir: "*Es muy cansado ser santo todo el día*". Sin embargo, no es ésa la santidad que anhelamos. Ser santo es ser fieles a lo que Dios quiere hacer con nuestras vidas, es el camino de la infancia espiritual, porque sólo siendo niños dóciles en las manos de Dios, podremos ser fecundos en esta vida. Tenemos que abrir el corazón para que Dios nos use y saque lo mejor que hay en nuestro interior. **El P. Kentenich decía:** "*No debo bajar a la tumba, no debo morir, no debo dejar el escenario del mundo sin antes haber desarrollado al máximo mis talentos naturales y sobrenaturales*"¹. Es el camino del santo, que se deja hacer en las manos de su Padre Dios, y así construye la historia, entregándolo todo con alegría. **Sólo en Dios puede descansar y sólo en Él será posible desarrollar al máximo todo lo que llevamos en vasijas de barro.**

En ocasiones pensamos que es posible ser santos en momentos muy concretos: durante la oración, en la eucaristía o cuando, arrepentidos, pedimos perdón en la confesión. Nos parece fácil ser santos cuando brota del corazón querer ser buenos y generosos; o cuando amamos casi sin darnos cuenta, porque respondemos al amor que nos regalan. Sí, en esos momentos nos sentimos capaces de todo y vemos que ser como Jesús es posible gracias a nuestras propias fuerzas, sin miedos ni vergüenzas; sin embargo, más tarde, cuando vienen los momentos difíciles, el corazón se llena de temores y tiembla. En la oscuridad parece imposible la santidad, es un sueño inalcanzable. En esos momentos, o volvemos la mirada a Dios o nada de lo que anhelamos es realizable. En el dolor sólo podemos confiar en Dios, quien lo hace todo posible; sólo así no nos asfixiaremos al experimentar nuestra impotencia. **Dios nos hace santos, a partir de la vida que nos ha regalado, Dios derrama su gracia y cambia nuestro corazón.**

NO OBSTANTE, TENEMOS QUE PENSAR, QUE LA ASPIRACIÓN A LA SANTIDAD EXIGE DE NOSOTROS UN ESFUERZO. Ya lo decía **Aristóteles**: "*Sólo hay felicidad donde hay virtud y esfuerzo serio, pues la vida no es un juego*". No basta con dejarnos llevar confiados en esa mano de alfarero que tiene Dios, que recoge donde no ha sembrado y logra obras de arte a partir de la tosca piedra. Es importante luchar, como decía Leticia, para asemejarnos a Aquel que nos quiere con locura. No obstante, muchas veces nos faltan las fuerzas. El P.

¹ J. Kentenich, "Santidad, ¡Ahora!", 141

Kentenich decía: "Nos resulta más fácil dejar de lado el esfuerzo que se requiere para ser santo." *"Mañana"* es la sentencia de muerte que recibe todo esfuerzo serio por lograr la santidad. ¿Os dais cuenta lo importante que puede y debe llegar a ser el "hoy"?². Dejamos para mañana lo que se nos pide hoy y siempre creemos que tenemos toda la vida para asemejarnos a Dios y a María. En la película *"La casa de mi vida"* el protagonista le muestra a su hijo dos actitudes para enfrentar la vida: *"Los cambios son tan lentos que apenas sabrás si tu vida es mejor o peor hasta que lo sea. O puedes cambiar del todo y ser alguien diferente en un instante"*. Está en nuestra mano la llave que abre el camino de la verdadera santidad. El Padre Kentenich contaba la historia de **S. Luis Gonzaga**, que se encontraba jugando en el recreo, y le preguntaron: *"¿Qué harías si en este momento Dios te pidiera la vida?"* Él, en lugar de decir que se confesaría o comulgaria, dijo: *"Me quedaría aquí y seguiría jugando"*³. Ése es el espíritu. Que nuestra vida sea en cada momento reflejo de nuestro ideal, de tal manera que siempre estemos haciendo lo que Dios nos pide. No somos cristianos de domingo sino de cada día. Y cualquier cosa que hagamos la tenemos que hacer convencidos de que es nuestro camino de santidad. **Cuando vivimos así la vida, ya no es tan importante cuánto va a durar nuestro camino en la tierra, siempre estaremos preparados para tocar el cielo, para que Dios nos llame.**

La historia de los siete hermanos y su madre refleja esa actitud ante la vida, esa libertad sin miedo ante la muerte: *"En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley. Uno de ellos habló en nombre de los demás: « ¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres.» El segundo, estando para morir, dijo: «Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el rey del universo nos resucitará para una vida eterna. » Despues se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua, lo hizo en seguida, y alargó las manos con gran valor. Y habló dignamente: «De Dios las recibí, y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios.» El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió éste, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba para morir, dijo: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se espera que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida».* Macabeos 7, 1-2. 9-14. Impresiona la fidelidad en momentos tan difíciles. Impresiona ver la fe de esos jóvenes y de su madre, que no capitulan y no niegan sus creencias y valores. Muchas veces, sin embargo, nosotros nos atamos a la vida y nos aterra pensar en la muerte. Nos cuesta pensar que no hemos realizado todo lo que queríamos ver cumplido. Es tan dulce la vida que nos cuesta pensar que tenga que llegar a su fin. **Hemos alimentado nuestros sueños y creemos que esta vida debería ser eterna. Y como no lo es, nos entran los miedos y nuestra fe se debilita.**

LA MUERTE ES SÓLO EL ESLABÓN DE UNA CADENA QUE LLEVA A LA VIDA VERDADERA. Sólo es un paso, un instante sin agonía. Es el paso oscuro y sencillo de la vida a la VIDA con mayúsculas. Pasando por la oscuridad de una muerte breve, como la puerta que cruzamos casi sin darnos cuenta, llegamos a la vida. Es el umbral mágico que nos hace eternos. Sin pretensiones, sin buscar la luz de una mirada, sin miedos. Sin temer ese más Allá aún desconocido. ¿Cómo viviremos en ese cielo que soñamos? **¿Cómo es el amor eterno, la vida eterna, la alegría eterna?** ¿Cómo se vive plenamente y para siempre? Son preguntas que llevamos en el alma sin encontrar respuestas. La mirada tiene pretensión de eternidad. Pero han de cerrarse los ojos de esta vida para abrir los que pueden ver el cielo. Sin ojos y sin voz morimos suavemente para empezar a vivir. La soledad de la muerte siempre nos conmueve. Es la puerta cerrada que conduce a una vida anhelada. Es el umbral que se cruza en un instante de vértigo. En ese momento casi eterno nos

² J. Kentenich, "¡Santidad! Ahora", 144

³ J. Kentenich, "¡Santidad! Ahora", 146

encontramos solos. Solos con el Dios de nuestra vida y la historia que se desliza fugazmente en la memoria. Porque hemos vivido, porque somos tierra. Abrazamos ese silencio que contiene en su interior tantas palabras. Palabras nunca dichas, palabras susurradas o arrojadas como gritos en el aire. Da miedo la soledad de la muerte, su silencio sobrecogedor. Esa calma profunda llena de recuerdos. Es el punto final a una vida que se nos ha escapado fugazmente entre los dedos, casi sin darnos cuenta, sin poder evitarlo. Y quisimos retener los momentos y a las personas queridas y las historias que soñaban con ser eternas. En ese instante la voz se calla y las manos que tocaron se quedan quietas. Se cierra la puerta. Se abre la puerta. ¡Qué difícil pensar que el último sonido de la muerte es el que pone fin para siempre a la vida! **¡Qué liberador creer que, detrás de la puerta cerrada sobre la vida, brilla la luz eterna que le da sentido a todo!**

Cuando el hombre le da la espalda a Dios en su vida, experimenta la soledad y cae en el mayor de los abandonos. El salmo refleja lo que debería ser nuestra vida: “*Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor. Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante*” . Sal 16, 1. 5-6. 8 y 15. Es el hombre vuelto hacia Dios y dependiente. El hombre que ve su vida sólo como la antesala del cielo, porque sabe que está hecho para vivir en Dios. **S. Pablo** lo expresa claramente, sólo en Él podemos vivir la fidelidad y encontraremos las fuerzas para la vida; **Él dirige nuestro corazón:** “*Que Jesucristo, nuestro Señor, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, os consuele internamente y os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas. Por lo demás, hermanos, rezad por nosotros, para que la palabra de Dios, siga el avance glorioso que comenzó entre vosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados, porque la fe no es de todos. El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno. Por el Señor, estamos seguros de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos enseñado. Que el Señor dirija vuestro corazón, para que améis a Dios y tengáis la constancia de Cristo*” . Tesalonicenses 2, 16–3, 5

Los saduceos, que no buscan la verdad, plantean un problema teórico pero posible. S. Ambrosio comenta: “*Según la letra de la ley, era obligada a casarse la viuda, aún contra su voluntad, para que el hermano del difunto suscitase su descendencia*”. Ellos plantean un problema tratando de mostrar el absurdo de esa vida eterna de la que Él tanto habla. Pero Jesús no entra en el juego y muestra el sentido de la vida eterna: “*Jesús les contestó: «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos.»*” Lucas 20, 27-38. La vida eterna es el único sentido de nuestra vocación de hijos. El tema que se plantea es un tema recurrente cuando hablamos de la vida matrimonial. Muchas personas me han preguntado: “*¿Cómo será la vida eterna? ¿Cómo será nuestra vida amor conyugal? ¿Estaremos con nuestros seres queridos toda la eternidad?*” Al escuchar la respuesta de Jesús algunas personas se quedan apesadumbradas, pensando que falta esa línea de continuidad entre nuestra vida temporal y la eterna. Sin embargo, Dios no puede negar nunca esa continuidad entre esta vida y la futura. Dios es fiel y es lógico pensar que nuestros amores aquí en la tierra serán plenos en el cielo. Pero todo es difícil de comprender. En el cielo nuestro amor glorioso abarcará todos los amores de esta tierra y los hará plenos. Será un amor resucitado que ahora no entendemos ni vivimos. **Comenta el P. Cantalamessa sobre este Evangelio:** “*En el paso desde el tiempo a la eternidad el bien permanece, el mal cae. El amor que les unió, tal vez por breve tiempo, persiste; no los defectos, las*

incomprensiones, los sufrimientos que se han causado recíprocamente". El cielo eliminará el pecado y hará sagrado nuestro amor. Ese corazón nuestro tan débil y limitado aquí en la tierra, en el cielo podrá abarcarlo todo. En el amor de Cristo seremos capaces de amar como Dios ama, sin sombras, sin luchas. **La pregunta de los saduceos carece de sentido.** **En el cielo nuestro amor será colmado y la plenitud anhelada en la tierra será real.**

EN LA TIERRA NUESTRO AMOR ES LIMITADO. Una persona me decía un día: "Me cuesta mucho imaginarme toda la eternidad con mi mujer. Me siento capaz de vivir estos años aquí en la tierra, sin embargo, toda la eternidad me parece demasiado". Porque nuestro amor es pobre, porque la vida matrimonial no colma todo el anhelo que vive en el alma. **S. Bernardo, al hablar del amor humano, decía:** "¿No tendrá ningún valor ni eficacia el deseo nupcial, el anhelo del que suspira, el ardor del que ama, la seguridad del que confía, por el hecho de que no pueda competir en amor con aquel que es el amor mismo? De ninguna manera. Porque, aunque la creatura, por ser inferior, ama menos, con todo, si ama con todo su ser, nada falta a su amor". Estamos llamados a vivir en la tierra este amor nuestro lleno de límites. Nada falta a nuestro amor en su limitación y pobreza. Sin embargo, estamos llamados a un amor eterno y pleno, a la profundidad en la entrega que el corazón desea. Las palabras del P. **Cantalamessa dan luz:** "Muchísimos cónyuges experimentarán sólo cuando se reúnan «en Dios» el amor verdadero entre sí y, con él, el gozo y la plenitud de la unión que no disfrutaron en la tierra. En Dios todo se entenderá, todo se excusará, todo se perdonará". Las durezas del camino en la tierra desaparecerán en el cielo. En Dios se entenderán y amarán los esposos como nunca se amaron antes. **Goethe** dice sobre el amor entre **Fausto y Margarita**: «Sólo en el cielo lo inalcanzable será realidad». Ese amor que un día nos unió, y que con el tiempo se hizo duro y áspero, en el cielo renacerá glorificado y pleno. Allí no habrá sombras en la entrega, no habrá rechazo ni pecado. **En el cielo nuestro amor no tendrá los límites que aquí en la tierra le ponen nuestra debilidad y pecado.**

Hoy recordaba una afirmación respecto a nuestro amor aquí en la tierra que me ha dado qué pensar: NUNCA RECIBIREMOS TODO EL AMOR QUE NECESITAMOS. En nuestro día a día experimentamos la insatisfacción en el amor y no valoramos todo el amor que recibimos casi sin darnos cuenta. Siempre vemos con tristeza la botella medio vacía. Porque el corazón anhela el infinito. Lo sabemos, el corazón no quedará nunca satisfecho en este cuerpo mortal. Si así fuera, tal vez no queríramos irnos nunca de aquí. Es verdad que, cuando uno afirma algo así, siempre hay alguien que nos dice: "Tal vez no estoy satisfecho en mi amor, pero tampoco quiero que esta vida se acabe todavía". Es verdad que nuestros amores en la tierra son incompletos; es verdad, por otro lado, que recibimos mucho más amor del que somos conscientes. Es además muy cierto que no sabemos amar bien y que no nos dejamos amar con facilidad, porque los vínculos nos asustan y los compromisos nos producen ansiedad. Pese a todo, nos aferramos a esta vida conocida con facilidad. "El cielo puede esperar", pensamos en nuestro interior. Porque amamos lo cotidiano, las rutinas y los hábitos, la simplicidad de la vida, los placeres pasajeros. No vivimos satisfechos y muchas veces nos sabemos infelices; sin embargo, pensar en el cielo nos asusta. Nos gusta tanto la tierra que no comprendemos la eternidad. Algo eterno se escapa a nuestra pobre razón. Hoy, sin embargo, se nos invita a pensar en ese cielo en el que nuestro amor será pleno y completo y nuestra vida será la vida de los bienaventurados, que descansan para siempre junto a Dios. Hoy se nos pide que miremos a Dios cara a cara y le entreguemos todo aquello que nos ata a este mundo. Hoy miramos al Dios de los vivos, al Dios que quiere colmar nuestro corazón que anhela lo infinito. Hoy miramos el corazón de María en el que brilla la paz de un Padre eterno. En Ella queremos entender una verdad que con frecuencia eludimos: **en esta vida estamos de paso y todo lo que nuestro corazón sueña será pleno en el cielo; allí compartiremos la vida verdadera con Dios, porque Él nos ha creado y nos ha amado hasta el extremo.**